

deres cuyos elementos son incompatibles. Pero los redactores de estos despachos hubieran debido ser justos con los hombres y pensar que si las cortes se mostraban rigurosas con exceso, es porque se las habían con un monarca ingrato y sin fe (1), que únicamente proponía engañarlas, y cuyo carácter, si no autorizaba las violencias de los liberales, las excusaba por lo menos (2).

El Austria se felicitaba demasiado de sus triunfos contra los revolucionarios de Italia, pues su temor le hacía ver conspiraciones donde no había otra cosa que el movimiento progresivo de las ideas de una nación que sufría con impaciencia el yugo extranjero, y privada de su nacionalidad por la conquista. No era posible pensar como M. de Metternich, cuando se veía pasar por Verona aquellas jaulas del *orden* y de la *felicidad*, que llevaban á Spielberg á Silvio Pellico, con todo lo mas ilustrado y distinguido que la Italia encerraba en su seno. El Austria no se habia visto como la Francia, conmovida por una revolucion de cuarenta años, y siempre pronta á reanimarse al menor soplo; no era limitrofe de España; sus pueblos y sus soldados no estaban en contacto con pueblos y soldados que proclamaban constituciones á mano armada; hubiera por consiguiente debido mostrarse menos inquieta, menos inexorable y mas hábil, sospechando menos las inteligencias ocultas.

En fin, estos despachos, al tributar grandes elogios al pueblo español por su resistencia contra Napoleón, olvidan que este pueblo obedecía entouces á las cortes de Cádiz, y que el fraile que defendía heroicamente á Zaragoza, se batía en nombre de esa misma constitucion, actual objeto de la reprobacion de las potencias continentales; así, pues, la Francia era la única nación que representaba en estos debates un papel adecuado.

Por lo demás, el fondo de los despachos es verdadero, pues establecen claramente los peligros de la Francia, en su concepto de país fronterizo de España. La única amenaza en que los aliados prorumpen, es el retirar sus representantes de un país, con el cual no tenían ya relaciones políticas.

¿Cuándo debía la Francia retirar á su vez su embajador, antes ó despues que los enviados de las demás cortes hubiesen pedido sus pasaportes? Esta cuestion no podia resolverse sino con arreglo á las circunstancias, atendida la proximidad de dicho país con la península. Esta es precisamente la cuestion por la que, segun se asegura, hizo el vizconde de Montmorency dimision de su cartera de Negocios Extranjeros.

## XXIX.

Mi correspondencia con M. de Villele.—Cartas.

Réstame ya únicamente, para dar á conocer todos los documentos del congreso de Verona, publicar mi correspondencia con M. de Villele. Las cartas del ministro de Hacienda, luminosas, rápidas, previsoras, llenas de asuntos y bien informadas, prueban que era digno del elevado puesto que ocupaba; hasta son mas vivas, menos reservadas y diplomáticas que las mias. Adviértese que el corresponsal de Verona, por la natural connivencia de sus deseos, exagera lo mucho que los soberanos ansiaban la guerra, excepto, como ya he dicho, el emperador de Rusia. Yo procuraba fijar las determinaciones del presidente del consejo, porque sus ideas eran menos terminantes que las mias relativamente á una empresa en la que cifraba la salvacion y el honor de la Francia. Ya no era ministro de Negocios Extranjeros, y no habia la menor

(1) ¡Un monarca ingrato y sin fe! Pues entonces ...  
(2) ¡Que concesion!

apariciencia de que se me llamase á llenar las funciones tan dignamente desempeñadas por M. de Montmorency; pero me halagaba la idea de que si hacia adoptar mi plan á M. Villele, mi buena posicion cerca de Jorge IV y de M. de Canning, contribuiría á mi regreso á Londres á facilitar la ejecucion de este plan.

Verona, 31 de octubre de 1822.

«Os doy gracias, mi querido amigo, por vuestro acuerdo del 23. El despacho de M. de Montmorency os llevará tal vez hoy la conclusion de la cuestion de España conforme á vuestras instrucciones; en él vereis las notas verbales. Esta noche tendremos una conferencia del congreso para escogitar el medio de dar á conocer á Europa las disposiciones de la alianza relativamente á España. La Rusia está enteramente de nuestra parte; el Austria nos sirve en esta cuestion, aunque por lo demás, se inclina completamente á la Inglaterra, y la Prusia sigue al Austria. El deseo, explícitamente manifestado por las potencias, es favorable á la guerra contra España. A vos incumbe mi querido amigo, examinar si debeis aprovechar una ocasion única tal vez, de volver á colocar la Francia en la categoria de las potencias militares, y restablecer la escarapela blanca en una guerra de corta duracion, casi sin peligros, y á la que la opinion de los realistas y la del ejército os impelen hoy con vehemencia. No se trata de la ocupacion de la península, sino de un movimiento rápido que devuelva el poder á los verdaderos españoles y os eviten los cuidados del porvenir. Los últimos despachos de M. Lagarde prueban cuan fácil seria el triunfo. Toda la Europa continental os apoyaria, y la Inglaterra, si lo llevase á mal, no tendría ni aun el tiempo necesario para arrojarse sobre una colonia; por lo que respecta á las cámaras, una victoria coonestará todo. Es cierto que el comercio y la hacienda se resentirán por un momento; pero todas las cosas tienen sus inconvenientes. Destruir un foco de jacobinismo, restablecer un Borbon en el trono por las armas de un Borbon, son resultados de tal naturaleza, que triunfan de todas las consideraciones de un orden secundario. En fin, ¿cómo saldremos de la situacion en que nos hallamos, por poco que se prolongue? ¿Podemos mantener eternamente un ejército de observacion al pié de los Pirineos? ¿Podemos sin exponernos á los silbidos y al desprecio de todos los partidos, hacer volver cualquier dia nuestros soldados á sus guarniciones? En las cuestiones que me habeis invitado á plantear, para hacer de ellas el fondo de las instrucciones, yo os habia hablado de una parte de estas ventajas de la guerra que se me presentan aquí, tanto mas claras cuanto que veo á la Europa continental dispuesta á secundarnos con todos sus esfuerzos. Conoceis mi moderacion política, y cuan opuesto soy á las medidas violentas; pero debo, para no tener cosa alguna que echarme en cara, presentaros este lado de la cuestion, que no es el de que mas os ocupais. A vos pertenece pesar las cosas en vuestra sabiduria, y á mi seguir el camino que creais deber seguir.

M. de Montmorency habla de dejarnos dentro de ocho dias. Despues de su partida los negocios caminarán depriesa, porque no son complicados, y porque los reyes se fastidian aquí.

Por lo que á mí respecta, deseo con impaciencia saber si habeis hecho por nuestros amigos lo que tanto importa que hagais. Si se tratase de mis intereses y no de los vuestros, mucho tiempo hace que hubiera dejado de importunaros.

Censervaos bueno, mi querido amigo, etc.

CHATEAUBRIAND.»

Verona, 1.º de noviembre de 1822.

«No dudeis, mi querido amigo, de toda la parte que tomo en la pérdida que acabais de sufrir, pues viene á aumentar las dificultades del momento, desviando tristemente vuestra atencion de los negocios. Pero conozco la firmeza de vuestra alma, y espero no os dejareis conmovir por el rumor de las diferentes opiniones, ora os decidais por la guerra, ora por la paz. Una vez adoptado vuestro partido, seguireis francamente uno ú otro sistema, sin temer sus eventualidades y sin desconocer sus inconvenientes. La crisis de los fondos será breve: Si hay guerra, una victoria producirá el alza; si hay paz, tambien subirán. En cuanto á mí, mi querido amigo, no separaré mi destino político del vuestro; dejad venir los reveses y vereis si soy fiel.

M. de Montmorency sale definitivamente esta semana. Bien quisiera hacer lo mismo, porque soy aquí enteramente inútil; malgastamos el tiempo miserablemente, y os seré mas útil en París.

Recibid, etc.  
CHATEAUBRIAND.»

«En la hipótesis de la guerra, lo que he trabajado aquí os servirá eficazmente, sin que os veais comprometido mas allá de lo que dejase de ser caso de absoluta necesidad.»

Verona, 20 de noviembre de 1822.

Ayer os escribí una lacónica carta, mi querido amigo, por el correo inglés, y quiero escribiros hoy una un poco mas extensa. Ayer firmé un proceso verbal que M. de Montmorency, que sale mañana, pondrá en vuestras manos. Creo os complacerá esta especie de carta, y que merecerá la aprobacion del rey, pues nos es enteramente favorable. Ya estamos en completa seguridad contra la guerra, dado el caso de que estalle, al mismo tiempo que quedamos en libertad de esperarla, y que nada, en los compromisos de la Alianza, nos obliga á declararla.

No creais, mi querido amigo, que al hablar de las ventajas de la guerra, en el caso de que nos veamos precisados á sostenerla, no conozco, sin embargo, los graves inconvenientes que podria acarrear, y especialmente sino terminase en una campaña. La Inglaterra se amansa y se muestra en este momento menos opuesta á los intereses de la Europa continental; pero si vuestras escuadras estuviesen mucho tiempo en movimiento y los soldados rusos se pusiesen en marcha, podria despertarse la doble suspicacia de nuestros vecinos insulares. Teneis, pues, mucha razon en no precipitaros á ciegas en las hostilidades, cuyas contingencias es preciso calcular con madurez; pero creo que una vez llegado el caso, haríase desaparecer la mayor parte de los peligros, adoptando una línea de conducta cuyas principales bases estableceré en los términos siguientes:

1.º Declarar en una proclama, al entrar en España, que no queremos atacar su independencia, ni imponer leyes á la nacion española, ni dictarle formas de gobierno, ni mezclarnos en su política interior, sea como fuere.

2.º Hacer tomar la escarapela española á nuestros soldados, ocupar las ciudades y las aldeas en nombre de Fernando, colocar en todas partes la bandera española al lado de la bandera blanca, y no hablar en caso alguno sino á nombre de las autoridades españolas, que serian restablecidas por donde quiera, á nuestro paso.

3.º Marchar hasta el Ebro, establecerse allí y no pasarlo sino en caso de absoluta necesidad. Proporcionar armas y dinero á los españoles fieles, dejándo-

les terminar por sí mismos la contienda, y limitándose á apoyarlos en ciertas posiciones, á fin de asegurarles la victoria.

4.º Declarar que no intentamos ocupar á España ni hacerle pagar los gastos de la guerra, ofrecer sin cesar la paz y retirarse con tanta prontitud como la con que se hubiese entrado, así que las circunstancias lo permitiesen.

Monseñor, el duque de Angulema debería mandar el ejército, teniendo á sus inmediatas órdenes un mariscal de Francia: el mariscal Macdonald es el naturalmente indicado, porque goza de una reputacion que inspiraria confianza á los soldados, y al mismo tiempo no es, como otros mariscales, odioso á la nacion española.

Estas ideas, mi querido amigo, os habran sin duda ocurrido como á mí. Este plan, rápido y exactamente llevado á cabo, no solo haria inútil el auxilio de la Rusia, sino que disminuiría las prevenciones de la Inglaterra, á la que nuestra moderacion de ambicion y de principios concluiría por desarmar; la guerra no seria sino una disension de familia entre la Francia y la España; disension que muy pronto habrian calmado la fuerza y la benevolencia de la primera de estas naciones. Esta guerra tendría para la Francia todas las ventajas que os he indicado en mi carta del 31 de octubre, sin hablar de lo que podríamos hacer en favor de nuestro comercio, de acuerdo con el gobierno español, en las colonias. Todas estas consideraciones hacen que, sin desear la guerra, no la tema, y que aprobando todo lo que hagais por evitarla, crea, que si á ella os viérais obligado, consolaría el genio militar de la Francia, borraría en nuestros soldados el recuerdo de la usurpacion, y sería, bajo este punto de vista, en extremo favorable al trono legítimo.

M. de Montmorency os dirá la posicion que aquí ocupo; lo que me quedará por hacer despues de su partida es bien poco, y segun todas las probabilidades, el congreso se disolverá el 10 ó el 15 del mes próximo. Espero que este congreso será el último. Estoy contento de haber asistido á él, porque esto pone fin á mis estudios políticos; he aprendido á conocer muchas cosas y á muchos hombres, cuyo secreto nunca hubiera podido penetrar. He visto con satisfaccion, que la Francia dictará todavía leyes á Europa cuando esté bien gobernada, aprovechando las esperanzas que su fuerza renaciente empieza á inspirar en todas partes. Hablaremos á fondo de todo esto, pues he tomado notas que nos seran útiles.

Debo deciros, mi querido amigo, una cosa que no os será desagradable: habeis sido acusado aquí cerca del hombre que lo hace todo, (ó por mejor decir, del hombre á quien se hace hacer todo), de una extrema moderacion. Yo me he visto envuelto, como amigo vuestro, en la acusacion; he sido por consiguiente tratado con frialdad, por haberse creído que atendia á dos consideraciones antes de precipitar á mi país en los azares de una guerra que pudiera llegar á hacerse europea, si se complicase con una guerra en Oriente y con el ataque de las colonias españolas por los ingleses. Y ocurre ademas, que he continuado siendo constitucional en una época en que no se quieren constituciones. Los que me proscribian como *ultra* y querian que se me expulsase de todas las administraciones para dar cabida en ellas á los hombres de los *Cien dias*, son actualmente *ultra*, y yo pertenezco al partido liberal, ó por lo menos al partido de los pan-cistas ó ministeriales. ¿Qué hacer? Armarse de paciencia y compasion. No obstante, mis acciones van á adquirir importancia despues de la marcha de M. de Montmorency. Descubro ya los síntomas de un favor futuro. Mi buena suerte será completa si me escribis y si llega á saberse que soy *vuestro hombre*; porque aunque se encuentra algo que murmurar en cuanto á vuestra prudencia, se tiene la mas alta idea de

vuestra capacidad. Pidiéndoos, pues, que me escribais, por vuestro interés y el mio, no os comprometo á gran cosa, puesto que apenas tendré tiempo para recibir una carta vuestra. Por lo demás, debo deciros al concluir esta larga mia, escrita á todo correr de pluma, que el Austria y la Prusia no se manifiestan muy inclinadas á la guerra, y que sino creéis que esta deba sostenerse, será muy fácil hacer surgir obstáculos por parte de los gabinetes de Viena y Berlin.

Vuestras elecciones habrán terminado al recibo de esta carta. La crisis de los fondos os habrá sin duda hecho perder algunos votos, pero siempre os quedaran bastantes. No olvideis á MM. de Lalot, Bertin, Vitrolles y Bouville; todo esto debe hacerse antes de la apertura de la Cámara. Recordad también la pensión de par del pequeño Jumilhac, nuevo duque de Richelieu.

Siempre vuestro, etc.

CHATEAUBRIAND.

P. D.

Esta carta se ha retrasado veinte y cuatro horas; se han retenido las de Lalot y del joven Fitz-James, hasta hoy 21, y M. de Montmorency no sale hasta mañana 22. Temo que esté mucho tiempo en camino, y que él quiera esperar aquí noticias de su llegada, y vuestra respuesta acerca del partido que tomareis relativamente á las notas ó despachos que deben enviarse á los embajadores en España. Sea cual fuese la resolución del consejo de las Tullerías, los demás gabinetes parecen decididos á enviar sus notas y á retirar sus representantes en España si estas notas no producen efecto alguno. Mi opinion es, que debemos sacrificar mucho al sostenimiento de la alianza continental, y creo también, contra lo que parece ser vuestra opinion, que la llamada de nuestro embajador no sería una declaración de guerra; pero es un asunto digno de examen. En este momento la Rusia no tiene embajadores en Constantinopla, y esto no es la guerra; hay entabladas negociaciones; con mayor motivo, pues, podría la España hacer reflexiones si los embajadores de Austria, Rusia, Francia y Prusia, se retirasen simultáneamente. El rey, soberano juez y soberanamente sabio, decidirá esta gran cuestion.»

« Paris, 28 noviembre de 1822.

Mi querido Chateaubriand: he recibido vuestra extensa y agradable carta del 20; recibid por ella mis sinceras gracias. Esperamos á Montmorency pasado mañana ó el domingo; su regreso me viene mal, porque el lunes es mi día crítico para la liquidación de las operaciones hechas sobre nuestros fondos en el discurso del mes; mucho siento esta coincidencia; pero haré lo que pueda para sobrellevar los inconvenientes.

Otra cosa muy grave me ocurre al mismo tiempo, esto es, el desastre de la regencia de Urgel y del ejército de la Fe; el varon de Eroles ha sido batido por Mina á la entrada de los desfiladeros de Talamá; una parte de su gente le ha abandonado, y se ha dirigido á la Seu, entrando á lo largo de nuestras fronteras un número inmenso de mujeres, niños, curas, frailes y fugitivos. Todos han sido acogidos por nuestras tropas, sin que haya habido que lamentar el menor desorden. Eroles ha sido además arrojado de Urgel, cuya ciudad ha sido incendiada por Mina. Ochocientos ó novecientos realistas resueltos se han encerrado en el fuerte con viveres y municiones para tres meses; los restantes, con el baron de Eroles, han emprendido la fuga hácia Puigcerdá, de donde se ha retirado ya la regencia, y donde probablemente se verificará la dispersion, así en nuestro país como en España, del resto del ejército de la Fe. El obispo de Urgel está en Dax con todo su clero, y el Trapense en Tolosa; rei-

na en toda esta frontera una verdadera desolacion. El gobierno se dispone á dictar medidas para la subsistencia de todos estos refugiados.

Por lo que me dice Montmorency, y por lo que me indicais, veo que todo el peso de la determinacion que debe tomarse respecto de España, va á pesar exclusivamente sobre nosotros; ya lo deseo así, si se nos dejan las dos bolas; pero si solo me dan una, no puedo dejarme seducir por la apariencia de tanto honor: todo está contenido en las notas que deben entregar los embajadores de Prusia, Rusia y Austria. Si su presentacion debe producir un rompimiento, es claro que vamos á tener inmediatamente la guerra, ó un estado tan parecida á ella, que en realidad no nos deja lugar á la eleccion.

Si esas notas estan concebidas de tal manera que hagan entrar en razon á España, y nos dejen la libertad de obrar con arreglo á las circunstancias y á los acontecimientos, nada mas tendremos que hacer sino seguir con sabiduría y firmeza el camino abierto por el congreso, y se podrá contar con nosotros. Es preciso por consiguiente esperar y ver, para formar una opinion. La presentacion de una copia de estas notas hubiera abreviado tres ó cuatro días la deliberacion, y el desastre del ejército de la Fe nos demuestra que abreviar las deliberaciones, es en la generalidad de los casos, adelantar mucho los negocios.

Por lo que respecta al protocolo ó proceso verbal relativo al *casus fœderis*, si es lo que me han dicho, es completo, es todo lo que podemos desear; es por parte de nuestros aliados un rasgo de confianza hácia la Francia que sabremos justificar, y que á pesar de la defeccion de Inglaterra será de gran peso para contener á los revolucionarios. Aun no hemos recibido respuesta á la nota pasada á M. Canning; os la enviaré tan pronto como la reciba.

Os envío los últimos despachos procedentes de Madrid. Los ingleses obran mal, cuando nos acusan por las precauciones que tomamos contra los españoles, pues ellos son aun mas solícitos que nosotros en este punto, cuando se trata de sus intereses. En estos momentos, obligan al gobernador de Cuba á reconocer sus derechos de comercio con todas las colonias españolas, sopena de ver inmediatamente atacados y destruidos todos los establecimientos marítimos de la isla de Cuba de que puedan hacerse dueños.

Acabo de recibir el aviso de que las cortes han enviado á M. Pereira con plenos poderes para reconocer la independencia de sus colonias; este sugeto estaba en Rio Janeiro á fines de septiembre para dar principio á su expedicion por el rio de la Plata. Temo que el congreso haya cometido un desacierto al no querer relacionar esta cuestion con la de España, obrando así en sentido favorable á la Inglaterra y á los revolucionarios españoles.

Ya teneis noticia de nuestras elecciones que se presentan muy favorables. En el interior, todo marcha igualmente bien. A fines de año, tendré veinte y cinco millones sobrantes, despues de satisfechas todas las atenciones. ¿Por qué fatalidad vienen esos desgraciados negocios extranjeros á turbar semejante prosperidad?

Adios, querido amigo; dad mil afectuosos cumplimientos á vuestros colegas, sin olvidar á Serres. Vuestro siempre y cordialmente,

JOSÉ DE VILLELE.

P. D.

Enteramente ocupado del exterior, no he podido ver aun lo que es posible hacer por nuestros amigos. Despues de la llegada de Montmorency, procuraré hacer lo que pueda.»

« Paris, 29 de noviembre, á medio día.

Habiéndose retrasado la salida del correo, puedo unir á la comunicacion que os remito un nuevo despa-

cho de M. de Lagarde, una nueva carta que el rey me ha mandado escribirle, y el despacho que ahora mismo recibo de Marcellus.

El rey está muy satisfecho de los resultados conseguidos en Verona, y probablemente manifestará su satisfaccion por medio de alguna gracia concedida á M. de Montmorency á su llegada; creo que esta gracia será el título de duque.

Todavía no tenemos noticias suyas; le esperamos mañana ó el domingo.»

« Verona, 28 de noviembre de 1822.

Voy, mi querido amigo, á hablaros con plena franqueza, y dejo que M. de Caraman, el embajador mas antiguo, os escriba la carta oficial.

El gobierno, en mi entender, se halla en la posicion mas difícil; todo lo que aquí se hace á nadie gusta; la Francia se ve obligada á obrar; la Rusia cree que se contempora demasiado; el Austria no se ha movido sino por no romper con la Rusia; la Prusia, teme el menor movimiento, y la Inglaterra se opone á todo.

Mientras se creia que en Verona se habia llegado á algun resultado, los negocios se debatían en otras partes: la Inglaterra concluía sus tratados con la España.

Ahora veo claramente las causas que dictaron las violentas notas del duque de Wellington, y de la que de improviso nos ha enviado acerca de las colonias españolas. La Inglaterra se reservaba por este medio el derecho de decirnos, cuando llegásemos á saber los tratados de Madrid. «Nada he ocultado, ya lo habia comunicado al congreso en mi nota.» Adjunta vereis la respuesta que he dado á esta nota, como tambien la relativa á la trata de negros. Creo haber establecido bien vuestros principios, que han obtenido aquí una completa aprobacion. ¿Qué vais á hacer ahora? Ouvrard, que conoce perfectamente la España y la Inglaterra, dice que esta da ya doscientos millones por lo que quiere conseguir, y que promete otros cuatrocientos mil. Vuestra última carta y el último despacho de M. de Lagarde confirman, al parecer, en parte lo que dice Ouvrard. Si esta es, en efecto, la situacion, las cosas han cambiado enteramente de aspecto para nosotros, y lo que os dirá M. de Montmorency no es ya sino una ranciedad sin aplicacion posible, porque la Inglaterra tiene actualmente intreses comunes con España, y sería posible que se viese bastante comprometida para verse precisada á defender á unos hombres á quienes presta su dinero, y que le entregan como fianza Méjico y el Perú. No se trata, por lo tanto, de una simple guerra contra la España, sino de una guerra posible contra la Inglaterra.

Tres medios me ocurren para salir de este conflicto voy á exponéroslos, y los clasificaré como sigue: el medio evasivo, el medio de la guerra, y el medio de la paz.

1.º *El medio evasivo.* Cuando M. de Montmorency haya llegado y os haya manifestado las noticias de que es portador, podeis responder aquí que el gobierno francés no se niega á hacer la gestion colectiva cerca del gabinete de Madrid; pero que, habiendo cambiado absolutamente de aspecto las cosas, y hallándose en la actualidad la Inglaterra detrás de la España, la Francia no puede adoptar el partido que se le propone antes de saber si la Rusia, el Austria y la Prusia quieren obligarse á prestar su apoyo á la Francia en una guerra contra la Inglaterra, en el caso de que esta potencia se declarase en favor de España. El Austria y la Prusia retrocederan al momento ante semejante perspectiva, y vuestro compromiso habrá cesado. Pero, ¿qué hareis despues de esta evasiva? ¿Podeis continuar como lo estais, armados é inmóviles? Esto no es posible. La insolencia de España llegará á ser

insoportable, y cuando queráis obrar, habreis perdido el apoyo de la Europa.

2.º *El medio de la guerra.* Esto es aventurar un gran golpe. En lugar de entreteneros en enviar notas á Madrid, invadid inmediatamente la España, despues de haber enviado un *ultimatum* á las cortes y de pedirles respuesta dentro de un plazo de veinte y cuatro horas. Cincuenta mil hombres enviados rápidamente al Ebro, haran caer todos los empréstitos de la Inglaterra, paralizaran los tratados relativos á las colonias, y arrancaran la América á la Inglaterra, y la España á la revolucion. La Inglaterra sorprendida no tendrá el tiempo necesario para obrar; el objeto de las negociaciones se frustrará antes que pueda declararse la guerra; y una vez desconcertado este proyecto, tal vez no querrá empezar una guerra infructuosa; marchareis sin la Europa y esto será una inmensa ventaja, y no obstante, tendreis la Europa á vuestra espalda. Pero sería preciso obrar con prontitud y vigor, y servirnos sin escrúpulo de todos los medios. En este caso, el plan de Ouvrard os sería muy útil, y yo no dudaria reconocer la regencia, á fin de atraer á mi favor una parte de España. Ya en el Ebro, podriais negociar y tratar con las cortes, que sin duda se habrian retirado á Cádiz, á donde nuestras escuadras irian á inquietarlas. Y aun podriais tratar entonces con la Inglaterra, para arreglaros con ella, en lo relativo á las colonias; podriais ofrecerle una parte de las ventajas, á fin de que os ayudase á vencer la resistencia de las cortes, y nadie duda que se prestaría á un arreglo. Este plan, coronado con un buen éxito, elevaría la Francia á un alto grado de gloria y prosperidad, y acaso es menos arriesgado de lo que parece.

3.º *El medio de la paz.* Este es muy sencillo, puesto que se limita á la retirada de los embajadores, ó por lo menos de todas las personas que han sido empleadas directa ó indirectamente en las negociaciones con las cortes extranjeras; en este caso se hará recaer toda la falta sobre los que se retiren. Diremos á los aliados que nada de lo que se ha hecho es válido, porque se han extralimitado los órdenes del rey. Disolveríase, sino sin debilidad, á lo menos sin vergüenza, el ejército de observacion; enviaríase un nuevo embajador á España, y, dejando de ocuparse de los asuntos exteriores, nos ocuparíamos únicamente de los interiores. Bastará que digais una palabra, mi querido amigo, pues por lo que á mi respecta, estoy pronto, y ya sabeis que llevo siempre mi dimision en el bolsillo. Pero no olvideis que es preciso tomar un partido, y que no podeis continuar en la situacion en que estais; los fondos en baja, el comercio alarmado, los ánimos agitados, los aliados deseosos de respuestas y de hacer algo, y la Rusia y la Inglaterra en actitud amenazadora, os obligan á una decision, que de lo contrario la máquina se derrumbará y caerá sobre vuestra cabeza. ¿Adoptareis el partido de seguir el plan de Verona, enviando vuestra nota á Madrid á la par de las de los aliados? Esto os dará un descanso de seis semanas, pero al cabo de este tiempo tendreis delante la paz ó la guerra; si es la paz, la Inglaterra terminará sus negociaciones y se apoderará de todo el comercio de América; si es la guerra, será la guerra contra la Inglaterra, porque habrá tenido el tiempo necesario para cerrar sus tratados y le será forzoso sostenerlos. Volvereis, pues, á encontraros en la misma situacion, con la diferencia de que el oro inglés habrá ya proporcionado soldados á las cortes. La Europa no os será mas favorable, porque el Austria teme todo rompimiento con la Inglaterra, y el Austria y la Prusia temen igualmente los triunfos de nuestras armas y el movimiento de las tropas rusas.

Escribo todo esto, mi querido amigo, sin leerlo. Mi carta llegará en medio de las deliberaciones del consejo, y tal vez encontrareis en ella alguna idea útil.